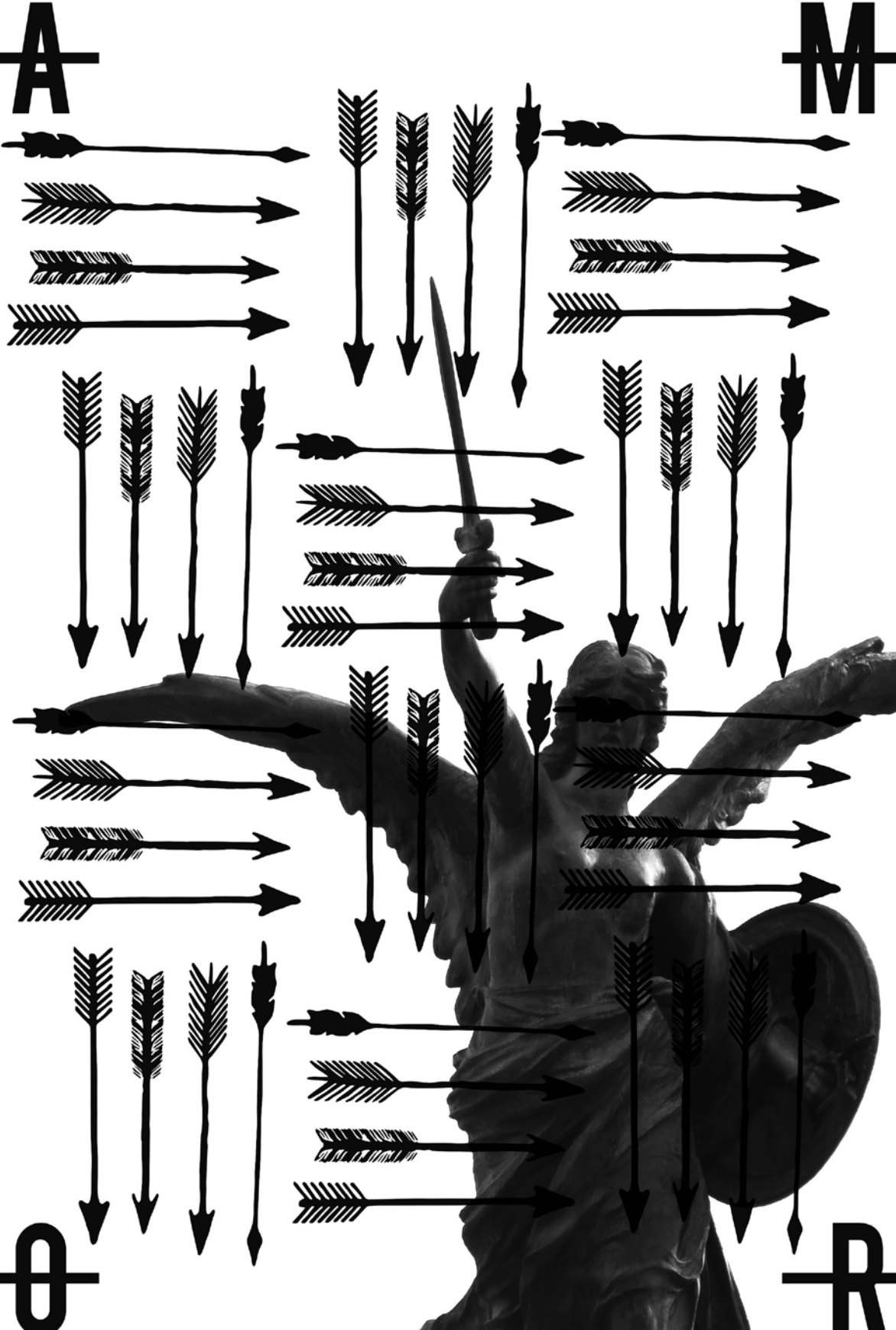


>

C	O	N	C	U				
		R	S	O	S			
	Y							
C	E	R	T	Á				
	M	E	N	E	S			

**XIX CONCURSO INTERNACIONAL
DE RELATOS CORTOS
“JUAN MARTÍN SAURAS”**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



Primer Premio

El sol de los membrillos

María José Toquero del Olmo

Nieva en Madrid. La nieve sobre los coches crea un paisaje ondulado y esponjoso y hace que los plátanos parezcan gigantes ensabanados que se complacieran en albergar a las aves ateridas. Una nieve que amortigua el tráfigo incesante y que blanquea y embellece los barrios del extrarradio. Cuando nieva, las bocas de los garajes parecen menos oscuras y hasta las chabolas pierden sus aristas de miserable hoja de lata.

La señora Trinidad ha muerto. Sola, en silencio, sin aspavientos, acurrucada en su sillón de *skai*, arropada con una manta de ganchillo y con un rosario enredado en sus artríticas manos. Es su rosario, el de toda la vida. Se lo regalaron el señorito Asterio y la señorita Carmen por su Primera Comuni3n. En realidad fue un obsequio a su madre –lavandera de la familia desde que sus manos pudieron restregar la ropa en el río– para que sus hijos tuvieran un buen recuerdo de sus patronos. Trinidad fue la primera en llevarlo y su madre siempre dijo que cuando los otros siete hermanos comulgaran, el rosario sería para la mayor. Y desde entonces, el rosario la ha acompa1ado en sus rezos.

Ya han avisado a los hijos. Ha sido un trago duro porque nadie quería ser mensajero de noticia tan luctuosa, pero ya lo saben todos. Velarán su cadáver en un tanatorio madrile1o de salas impersonales y la enterrarán en Tomelloso.

Aunque la casa, su casa, sea este pequeño piso sin ascensor que ocupó desde que se trasladó con su marido y sus hijos a Madrid, ha dejado dicho a los suyos que no descansará en paz hasta sentirse cubierta por la tierra que cobija a sus muertos. La tierra que guarda a sus padres, a sus hermanos, a Cosme, su marido, y al pequeño de sus hijos, fallecido en un accidente de automóvil. El hijo querido y recordado cada día, en cada momento, el hijo llorado en ese continuo deslizarse de las cuentas de su rosario.

Si La Mancha siempre fue una semilla, un palpito en lo profundo de su pecho, desde que murió Anto1ito se convirti3 adem1s en el único lugar imaginable para pasar la eternidad. Ahora regresará para fundirse con la tierra árida, con el marido y con el hijo, y para sentir en su cuerpo yermo el sol abrumador; el cierzo, frío y seco como el filo de una navaja; el solano, calcinador e inmisericorde, y el ábrego, portador de las escasas lluvias que caerán sobre su tumba.

MARÍA JOSÉ TOQUERO DEL OLMO nació en La Parrilla (Valladolid) en 1961, es licenciada en Ciencias Químicas y profesora de Educación Secundaria en Valencia, donde reside actualmente. Cuenta, en su trayectoria literaria, con cuantiosos galardones, entre los que destacan los primeros premios en el XIX Certamen de Poesía Blas Infante (2005), Certamen Relato Junta de Castilla y León (2006) o Hipatia de Alejandría (2009).

Ha publicado los poemarios *La luz a la manera de Vermeer* y *Cántico* y numerosos relatos: *El vuelo del viejo saltimbanqui*, *La máquina de la gravedad*, *El boticario de la calle Ascao*..., entre otros muchos.

Cuánto le habría gustado a Trinidad quedarse en Tomelloso, dejarse querer toda la vida por los vientos recios y por ese sol, precioso cuando dora los membrillos. Pero, de siempre, el hambre azuzó a los desheredados y los obligó a buscarse la vida en tierras ajenas. Y es que en el pueblo, no comiendo iban sacando para vivir –decía Trinidad con esa sorna manchega que siempre le permitió sobrellevar las dificultades–, mientras que en Madrid, además de respirar, podían permitirse por lo menos una comida al día y un trozo de pan cuando el hambre arreciaba.

Cosme tenía jornal y ella, casas que limpiar. Qué importaba que al llegar la noche ambos cayeran derrotados en el lecho con una sensación de ahogo en el pecho, como pájaros asfixiados por el ambiente insano de aquella oscura humareda que era Madrid. Y es que el aire enrarecido de la capital no se limpiaba ni aunque cayera el diluvio universal. Sólo cuando nevaba la ciudad perdía su negrura, se ensanchaba como el campo abierto y le parecía menos fea a Trinidad. Para los hijos, sin embargo, Madrid era la gran oportunidad; aunque la barriada en la que vivían engullera, triturara y dejara en nada los escasos sueños de Cosme y de Trinidad.

Llegaron a la capital con mucho miedo en los ojos y abultadas maletas atadas con cuerdas. Eran los paletos manchegos. Vestido él con chaqueta de paño pardo y pantalones remendados, tocado con una boina y portando unas alforjas de arpillera. Ella, joven todavía, de negro riguroso y con los cabellos apesados en un pudoroso moño. Vistos con los ojos de los oriundos de Madrid: carne de suburbio, toscos, beatos e incapaces de adaptarse a los tiempos modernos. Íntimamente: pobres por cuna, religiosos por convicción y resignados a soportar sobre sus hombros el peso del progreso. Una minúscula veta manchega en una ciudad con ínfulas de grandeza.

Sesenta años han pasado desde entonces y Madrid, lejos de olvidar la aldea manchega, la ha interiorizado. ¿Acaso la Gran Vía sería la misma si Antonio López no hubiera fijado en ella sus ojos de forastero hambriento de amaneceres? También Trinidad se ha infiltrado, con su pudor descocado y su verbo colorido, en la esencia de la ciudad. Sin embargo, ella, madre manchega, limpiadora de profesión, socarrona y devota de la Virgen de las Viñas no ha sido tan permeable a los encantos de Madrid. Siempre se sintió extraña en una ciudad hecha de retales prestados por unos y por otros. Una mujer nostálgica de la claridad de Tomelloso a la que la capital siempre le pareció un caleidoscopio ininteligible. Y es que Madrid sólo fue para ella un postizo, un disfraz de acomodada con el que volver a su pueblo. Cada vez que decía: “Que me entierren en Tomelloso”, Trinidad reivindicaba el regreso a su verdad. Pero su deseo no era volver a ese Tomelloso irreconocible, fulgurante enseña de bienestar y modernidad, sino al pueblo del que partió y al que sólo podría llegar al morir y compartir lecho y quietud con aquellos que un día la vieron alejarse.

Trinidad reposará en la sepultura familiar.

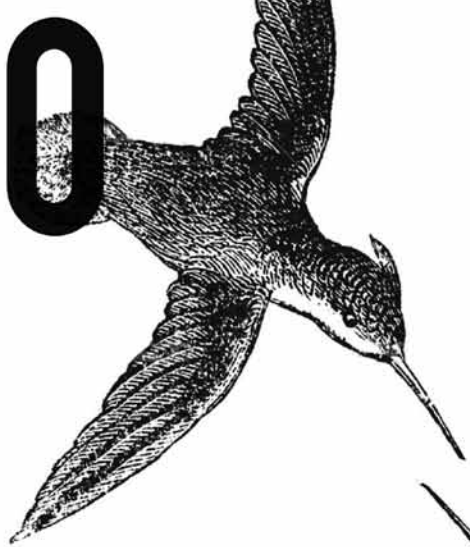
Qué empeño el suyo por construirse un panteón de mármol blanco a la altura de las tumbas de las familias tomelloseras de abolengo. El día que lo vio terminado, con la primorosa Virgen de las Angustias y el reluciente crucifijo de bronce, lloró y a las lágrimas de siempre se les sumaron las de la satisfacción de lo conseguido y las del dolor de que los que yacían bajo la losa no pudieran contemplar la belleza de su última morada.



~~herída, marca,~~
~~dolor, cicatriz,~~
~~perdón.~~



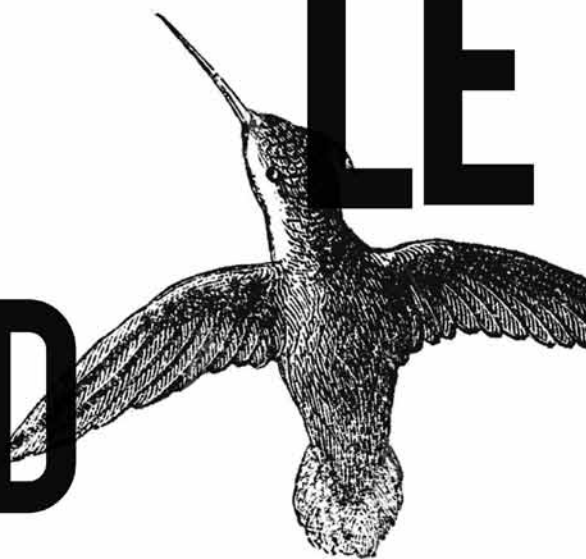
SO



DA

LE

D



Ella, todos los años, cuando se acercaba el día de los Santos acudía al cementerio a sacarle los brillos al metal y a frotar el mármol hasta dejarlo más limpio que los chorros del oro. Y en aquella tarea y en hermosear el panteón con flores de plástico compradas en un bazar chino del barrio de Lavapiés, Trinidad hallaba consuelo. Leer los nombres de los fallecidos en las lápidas y hablar de los muertos con otras ancianas era un bálsamo que aliviaba las heridas incurables que le causaban las ausencias.

Los hijos tal vez vayan a rezarle al cementerio; de niños pasaron los veranos con los abuelos en Tomelloso y esa tierra caliza y arenosa se pega al corazón. Pero los nietos no acudirán al final de la vendimia a limpiar la sepultura de los abuelos ni a comprar un puñado de avellanas y un cucurucho de castañas asadas en la calle del Campo. Ellos son ya madrileños, modernos, elegantes y con mucho mundo. Señoritos bien lustrosos –como decía Trinidad–, en la misma ciudad en la que Cosme y ella fueron mano de obra barata, supervivientes bajo un cielo que, de tan enrejado, no les dejaba ver las estrellas.

Vendrán los hijos a deshacer la casa. Y lo tendrán que hacer en el plazo máximo de un mes. Trinidad era la última inquilina de renta antigua del edificio y el propietario tendrá prisa por resarcirse del mal negocio que ha hecho con su piso en los treinta últimos años. No habrá sitio para muebles tan oscuros, tan barrocos y tan añosos en las casas de sus hijos y menos aún en las de sus nietos. Se repartirán las fotografías y algunos objetos personales de Trinidad. El rosario, para Luisa, la mayor de las hijas, y el abanico de bodas, para Sole, la más pequeña. Llamarán a un centro de ayuda a la drogadicción para que vacíe el piso y los obreros descartarán lo que no se pueda aprovechar.

En el contenedor que está justo a la salida del zaguán se acumularán los objetos inservibles de una vida: las alfombras raídas y polvorientas que Trinidad en los últimos años ya no podía sacudir, los enseres de cocina obsoletos y descascarillados, los pañitos deshilachados que a duras penas cubrieron la decrepitud de las tapicerías y ese fofo y descolorido sillón de *skai* en el que Trinidad pasaba la vida. Y cuando llegue la mañana, después de que los husmeadores hayan dispersado los pedazos inconexos de la vida de la anciana, pasará un negro, un moro o un suramericano y hallará alguna utilidad al rancio sillón de *skai*... Quizá alguna inmigrante, cargada de hijos y de miseria, llegue a casa con una sensación de ahogo en el pecho y se deje caer derrotada en el sillón de Trinidad. Una mujer nostálgica de la tierra que la vio nacer, heredera, sin saberlo, del legado silencioso de una mujer manchega que un día llegó a Madrid y fue, como ella, carne de suburbio.



**VICTORIA
VICTORIA**

Segundo Premio *El viejo marinero* Ariel Alberto Díaz

El barco es una sombra entre las sombras
las gaviotas lo sueñan al pasar
y un fantasma en el cuarto de derrota
se enamora de un punto cardinal.

“Se va se va el vapor”

MARIO BENEDETTI

Puso la cabecera de la cama apuntando al norte, para navegar con el rumbo orientado hacia los sueños. Mientras ordenaba sábanas, almohada y mantas, trató de recrear esos días en que las ideas eran claras y la vida tenía sentido; pero, por más que lo intentaba cada noche, todo era una maraña de imágenes sin nombres ni formas. Porque esas sombras imprecisas podrían ser Fernanda o Vilmar, Lilian o Graciela; el buque, “Monte Ayala” o “El Neptuno”; el puerto, Génova o Yokohama. O qué serían.

Los años fueron desvencijando la memoria, haciendo astillas los recuerdos; el óxido los fue carcomiendo hasta que no supo si habían sido verdaderos o sólo quimeras con olor a resaca marina.

Esa noche se propuso, con particular ansiedad, navegar hacia los sueños, arribar al puerto de aquellos momentos vividos con intensidad. Hasta el momento no había logrado encontrar el rumbo. Si bien había leído que mientras dormimos hay momentos en que se sueña, al despertar, su mente siempre estaba en blanco. Ahora, con la cama apuntando al norte, tenía la ilusión de recuperar su vida marginada por la opacidad del tiempo.

Quitándose la ropa frente al espejo, se preparó para soñar; irguió los hombros, trató de levantar el pecho cóncavo de años y se acostó. Buscó la tibieza de las mantas para sobre llevar el frío que, poco a poco, había ido ganando sus miembros.

En la duermevela que precede al sueño, se sonrió cuando empezó a navegar hacia senos archivados en blanco y negro, confundiéndolos con los verdaderos, mientras se preguntaba si alguna vez los acarició o besó; o todo fue como esa vez en la última butaca del único cine del pueblo, masturbando los catorce años y bajo la mirada sensual de la Magnani.

ARIEL DÍAZ nació en Bahía Blanca y reside en José Mármol, localidades ambas de Argentina. Oficial jubilado de la Marina Mercante argentina, actualmente dedica su tiempo a escribir y ya lleva escritos más de 300 cuentos de temática variada, muchos de los cuales han sido premiados en Argentina, EE. UU., España, Francia y Uruguay. Obtuvo la Faja de Honor para Autores Inéditos otorgada por la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) en el año 1991.

La nostalgia de besos robados –que tal vez no existieron– hizo que sus ojos desbordaran de mar, que se escurrió, lento, hasta la boca. No supo si el gusto salobre, la orientación de la cama, la profundidad del sueño en el que iba cayendo o la determinación de bucear en las profundidades de la memoria concretaron una ceñida perfecta –con las velas henchidas como los senos soñados–, hasta encontrar el rumbo apropiado y comenzar una navegación mar adentro, hacia una multitud de imágenes que jamás creyó recuperar.

Soñó que corría descalzo por la orilla del río, saltaba con los brazos en alto saludando a las areneras, a los remolcadores, a cuanto *patacho*¹ asmático navegaba cercano a la costa. Si el leve toque afónico de una sirena respondía a sus gestos amigables, una sonrisa le iluminaba el rostro; permanecía con la mirada fija en la embarcación hasta contemplar, asombrado, cómo el barco era escamoteado mágicamente por la bruma matinal o por un recodo del río. Atento, se acercaba a la orilla para aguardar el chapoteo de la estela sobre la arena, que llegaba en tímidas oleadas.

Soñó con las viejas novelas de vaqueros que su padre guardaba como un tesoro en los polvorientos estantes del desván; con el enojo paternal cuando, luego de aprender a leer, cambió las novelas por relatos de bergantines y corsarios, de tormentas y abordajes, de viajes por tierras exóticas, de islas desiertas donde los piratas escondían tesoros fabulosos. Leyó fascinado cada aventura –hasta dejarle en los labios un sabor de algas marinas y en los oídos el rugido del vendaval y ecos de metrallas– y descubrió un vocabulario desconocido que pasó a integrar juegos y sueños.

La pelota, las canicas, el trompo, las chinas, los cromos y los tebeos fueron relegados al olvido. Dibujó mapas de islas solitarias con el plano detallado del lugar donde se hallaban enterrados cofres repletos de doblones, joyas y lingotes de oro; se transformó en el contra-maestre que ordenaba pasar el lampazo por la cubierta, trepar a la cofa, izar la cangreja, el foque y la escandalosa, orzar a babor, ¡prepararse para el abordaje!, ¡arriad las velas!, ¡pasadlo por la quilla!

El bauprés, la tabla de jarcias, la rueda de cabillas, el trinquete, el mayor y el mesana, barlovento y sotavento, el nombre de las velas, tuvieron la atracción de las palabras misteriosas, de una vida de hazañas y correrías que fueron forjando su destino.

Soñó con Sandokán, los Tigres de la Malasia y la isla de Mompracem, con la temida tripulación del “Walrus”, el Capitán Flint, John Silver y el mapa de *La isla del tesoro*. Soñó con el capitán Smollett y su embarcación, la “Hispaniola”. Soñó con esa réplica de la goleta –regalo del abuelo conservado en el lugar privilegiado de la vitrina–, que tanto amó y disfrutó en los juegos infantiles, juegos de barcos y piratas, de viajes y aventuras.

Soñó con la ilusión de navegar, el primer embarco de aprendiz, ese espacio de vida donde fue dejando atrás piratas, tesoros y abordajes hasta asimilar con gusto costumbres marineras acordes con la época y el carácter mercante del buque.

Aprendió a hallar la meridiana. Sirius, Canopus, Achernar, Betelgeuse, Fomalhaut lo guiaron cuando aprendió a manejar el sextante, trazó las rectas sobre la carta y calculó la

1

Patacho: buque viejo.

8

H





EMITTI DIFI



EMITTI DIFI

posición del navío. Todo era asombro, sed de conocimientos, ansias de navegar, de arribar al próximo puerto, de descubrir culturas distintas, de conocer otras mujeres, de encontrar, quizás, el amor.

Los recuerdos y las imágenes salían tumultuosos a la superficie, como los despojos afloran desde las profundidades después de un maremoto.

Evocó en el sueño aquellos mares oscuros, azules, luminosos, verdes, turbios, transparentes; mares convulsionados por tormentas despiadadas y otros calmos como un lago de aceite, en los que fue dejando una estela de vivencias. Timoneó su nave en guardias interminables de noches apacibles, mientras soñaba con el futuro, el próximo puerto. Capeó temporales mientras luchaba por mantener el rumbo ordenado en guardias agitadas, aferrado a las cabillas de la rueda del timón para no ser doblegado por roídos y cabeceos. Sus ojos azorados contemplaron cómo olas enormes levantaban la proa, la mantenían un instante en el aire para luego dejarla caer con saña de verdugo sobre el mar embravecido. El embate sacudía el buque, que quedaba vibrando durante interminables segundos; la proa desaparecía bajo una montaña de agua que se desplazaba por la cubierta hasta arrojarla contra el castillaje, trepaba por la pared vertical para salpicar, ya sin fuerzas, las ventanas del puente. Cada *pantocazo*² parecía el último, el que partiría el casco. Sin embargo, la nave avanzaba sin prisas, remontando las olas.

Revivió la curiosa expectativa al atravesar decenas de veces el triángulo de las Bermudas; erguido en la cubierta, aguardaba la manifestación de algo sobrenatural: el surgimiento de un gigantesco monstruo marino, el avistamiento de un objeto volador desconocido o el hallazgo de la puerta que lo comunicara con otra dimensión del universo.

Se soñó en noches apacibles, apoyado en la borda de la toldilla, mientras contemplaba los remolinos luminosos de las noctilucas en la estela del buque; caminando la cubierta o el puente volante de numerosos navíos —aquellos días en que el tiempo, propicio, se lo permitió—, mientras disfrutaba del palpitar de las máquinas, del rumor del mar, de los increíbles vuelos de cardúmenes de peces voladores, del retozar de delfines entrecruzándose en la proa, de la escolta incansable de petreles, gaviotas y albatros que, en órbitas continuas, acompañaron la derrota, siempre hambrientos, aguardando los desperdicios de la cocina, manjares disputados en un guirigay de revuelos, graznidos y zambullidas.

Soñó con sus sueños, donde anidaron las sirenas y ellas le cantaron reclamándolo las veces que pasaba un tiempo prolongado en tierra firme; él, fiel, volvía a ellas, volvía a navegar.

Ávido, curioso, recaló en numerosos puertos y conoció, en una y otra orilla del mar, ciudades con costumbres diferentes, humildes, lujosas, alegres, tristes, pujantes, apáticas. Visitó paraísos de madera y licores, cuevas de marinos y prostitutas que lo acogieron afectuosamente, guaridas con peces disecados, maquetas de barcos patinadas de humo y sudores, centenares de nudos marinos descansando en paredes de dudosa blancura. Compartió recuerdos y añoranzas de pescas y viajes, de aventuras y amores, acodado en mostradores mugrientos o en mesas talladas a navajazos en bares infames. Escuchó

2

Pantocazo: golpe que da el casco en el agua al chocar contra las olas. Pantoque: parte casi plana del casco de un barco que forma el fondo de una embarcación junto con la quilla.

historias susurradas en alientos alcohólicos, relatos prodigiosos, sin preguntar si eran verdaderos o falsos, y fue atesorándolos en su joven memoria.

Amó la profesión, amó el mar, amó a los amigos, amó a aquellos navegantes que fueron compañeros en cientos de viajes, amó a cada muchacha que imaginó su mujer para siempre. El barco fue una prolongación de su cuerpo y el timón echó raíces en esas manos surcadas de ríos.

Soñó con esa sed que sólo los marinos conocen, una sed de hogar que nace de las vísceras, de tantos días meciéndose en mares de ensueños. Esa sed que lo motivó a encarar el proyecto imaginado en las guardias mansas, asomado a noches de estrellas: la búsqueda de un lugar donde levantar los cimientos de una casa. Volvió a soñarla tal como la soñara, tal como fue construida. Una casa en los suburbios de una ciudad pequeña, aislada, solitaria. Como en realidad era su vida. Cuando la hubo terminado, vio concretado una parte de sus anhelos: el sitio donde fundaría su hogar. Era consciente de que le faltaba dar los pasos fundamentales: encontrarla a ella, enamorarse, gestar los hijos, formar una familia.

Soñó con el momento en que debió abandonar esa vida itinerante soñada precozmente, para fondear al fin en esa casa solitaria, sin la mujer ni los hijos deseados.

Cuando comenzó a descender a la carrera la larga cuesta de los días, cuando una tenue neblina que se fue cerrando comenzó a envolverlo diluyendo los contornos y opacando la memoria, cuando el suelo comenzó a rolar bajo los pies y sus pasos perplejos requirieron el auxilio del bastón, comprendió que el plazo para revertir la soledad había expirado.

Todo eso lo soñó en una noche; en esa única y última noche recuperó la memoria.

Cuando los familiares –avisados por los vecinos– abrieron la puerta, quedaron varados ante el olor a peces muertos. El viejo, recostado sobre estribor en la cama orientada al norte, había finalizado la última singladura y arribado a puerto. Lo encontraron con todo el mar en las pupilas, una sonrisa a sotavento y la “Hispaniola” navegando sobre el pecho.